

# Editorial

## La crisis de la democracia y sus antídotos<sup>1</sup>

The Crisis of Democracy  
and the Antidotes

A crise da democracia  
e os antídotos

**DAVID ROLL VÉLEZ\***

### Cómo citar

**este artículo en APA:**  
 Roll, D. (2018). La crisis de la democracia y sus antídotos. *Analecta Política*, 8(14), 7-16.

1 Este artículo está basado en la presentación de la conferencia sobre la crisis de la democracia y sus antídotos, que dicté en la Universidad Pontificia Bolivariana para la Facultad de Ciencias Políticas como lección inaugural.

\* Doctor en Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Profesor Titular Tenior de la Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá-Colombia. Correo electrónico: davidroll77@gmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-7561-9711>. Dirección postal: Carrera 14 # 156-07 Bogotá-Colombia.

## Agradecimientos a la Universidad Pontificia Bolivariana

A comienzos de los años 80, cuando comencé mis estudios de Derecho en esta universidad, en Colombia existía solamente una carrera de Ciencias Políticas. En 1994, cuando regresé de estudiar mi doctorado en Ciencia Política en España, la oferta continuaba igual. Es más, mi primer trabajo entonces fue diseñar y poner en marcha la segunda carrera de Ciencia Política fundada en Colombia, en la Universidad Pontificia Javeriana de Bogotá. El ejemplo cundió y hoy hay más de treinta programas de pregrado específicos o afines similares.

Hace 35 años, era difícil entender por qué alguien podía dedicarse a los estudios políticos, en esos tiempos en los que el tema no tenía presencia académica en Colombia. Además, se trataba de una Facultad que, si bien se llamaba de Derecho y Ciencias Políticas, tenía pocas asignaturas que se cursaran sobre esta materia, como en el resto del país. Esto fue gracias a la puesta en marcha, por parte de un conjunto de profesores de esta facultad, de una pequeña oficina llamada “Investigaciones Sociales”. El profesor Javier Tamayo la diseñó y le encargó su coordinación a la profesora Beatriz Londoño, quien fue luego mi jefa como auxiliar de investigación, y más adelante la directora de mi tesis de grado (*La Política al Diván*), publicada por la misma facultad años después. Su dedicación y carisma, conjugadas con el infatigable trabajo de Luis Fernando Álvarez, quien dirigió con eficiencia y buen humor el proyecto por años, supusieron en muchos de nosotros un cambio significativo en nuestra orientación profesional hacia la academia.

Bajo esta tutela, en el primer año de carrera, los interesados en temas políticos realizamos una investigación libre. A partir de ello, en segundo año unos cuantos fuimos seleccionados para hacer una investigación en lugar de una asignatura. Ya al tercer año, se me permitió dictar clases sobre mi tema de investigación, la psicología política, en calidad de auxiliar de investigación remunerado, hasta el final de la carrera.

No puedo dejar de recordar esos tiempos, y aunque sé que los orígenes de los estudios políticos en esta Facultad de Ciencias Políticas son diversos, estoy muy orgulloso de estar invitado a la lección inaugural en la Escuela que aglutina a ambas Facultades, décadas después de sucedido ese proceso inicial que marcó el resto de mi vida profesional e intelectual como profesor, investigador y conferencista.

Sé que, a pesar de que viví los antecedentes del proceso que dio lugar a lo actual, en verdad son el Doctor Porfirio Cardona y el gran equipo que lo rodea los gestores de los impresionantes logros de esta Facultad de Ciencias Políticas, y es a ellos a quienes agradezco la posibilidad de rendir homenaje a mi Universidad de origen con estas sencillas palabras.

La primera pregunta que nos tenemos que hacer es: ¿la democracia está en peligro o ha triunfado en el mundo? La segunda es: ¿cómo es posible que los enemigos de la democracia (el Estado invasivo, los pocos creíbles medios de comunicación y los desprestigiados partidos políticos) puedan ser los únicos capaces de salvarla? Es decir, tenemos que pensar las razones por las cuales hoy, sin esos viejos enemigos de la democracia, esta no puede ser salvada.

Para iniciar, digamos que muchos creen que la democracia viene sin solución de continuidad desde el siglo IV a.C. Lo cierto es que ese modelo no duró mucho, no le fue muy bien y no se trataba realmente de algo tan igualitario como pensamos. Desde su fracaso en Grecia, porque efectivamente terminó fracasando, tuvo muy mala fama hasta hace muy poco. Si miramos bien, en pleno Renacimiento, alrededor del año 1500, todavía no existía la democracia, pues apenas estaban comenzando a formarse los estados nacionales que darían lugar al Estado absolutista, el primer tipo de Estado moderno, alrededor del 1700. Fue en el contexto de ese Estado absolutista que surgieron, en Inglaterra primero y luego en Estados Unidos y Francia, los primeros modelos de la democracia.

Como todos saben, esto se dio a partir de tres revoluciones. Inició con la Revolución Inglesa de 1642 a 1689, que involucró la decapitación de un rey y la destitución de otro. En segundo lugar, se dio la independencia americana en 1776, que supuso el fin de la monarquía, y dio pie a lo que es hoy Estados Unidos. Por último, la más conocida, la Revolución Francesa de 1789.

Suele creerse que, a partir de entonces, el mundo rápidamente se fue llenando de sistemas liberales democráticos, pero no fue así. Si bien las monarquías no volvieron a ser lo mismo, ni siquiera tras la definitiva derrota de Napoleón, lo cierto es que, para comienzos del siglo XX, no había tantas democracias en el mundo como se piensa. Entonces, nos preguntamos: ¿cómo se dieron esas democracias que actualmente existen en casi todo el mundo? La respuesta es que fue poco a poco, y con referencia a unos acontecimientos claves que no sucedieron al mismo tiempo.

El primero de esos acontecimientos fue la caída del Imperio Austrohúngaro en 1919, tras la Primera Guerra Mundial, que dio lugar a la creación de muchos

países, y que tiempo después terminaron siendo democracias. El segundo factor importante fue, por supuesto, la caída del fascismo en Italia, del nacionalsocialismo en Alemania y del imperialismo expansivo en Japón, todo ello al final de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Estos países fueron obligados a crear democracias por la derrota. Hoy en día, son democracias funcionales, y en el caso de Alemania y Japón inclusive son ejemplos de gobernabilidad democrática en los manuales de Ciencia Política.

El tercer momento importante fue el fin de las dictaduras en el sur de Europa, en la década de 1970. Esto se dio en España con la muerte de Francisco Franco, también en Portugal con la Revolución de los Claveles y en Grecia con el fin consentido del gobierno militar. El sur de Europa también se volvió, a partir de entonces, democrático, como lo eran en esa época ya varios países escandinavos, Francia, Inglaterra y algunos otros pocos. En la siguiente década de los ochenta, se dio la gran transición en América Latina: de gobiernos autoritarios y claramente dictatoriales, hacia democracias gobernables, que ya están consolidadas en todo el continente y a prueba de cualquier peligro autoritario, con la salvedad de Venezuela.

El otro gran milagro de la historia, que hizo posible la difusión de la democracia aún más, fue la caída del Muro de Berlín en 1989. Este hecho dio lugar al comienzo del fin de las dictaduras de izquierda en Europa, la mayor parte de las cuales transitó hacia la democracia. Estamos hablando, por supuesto, de Polonia, Hungría, Rumanía, Letonia, Lituania, Estonia, República Checa, Eslovaquia, y muchas otras. De esta manera, y después de la ya superada guerra de los Balcanes, que fue un gran lunar en todo el proceso de democratización de Europa, estamos hablando de un continente totalmente democrático, con la única excepción del Estado Vaticano.

Otra clave para la difusión de las democracias en el mundo estuvo en los procesos de descolonización que se dieron al final de la Segunda Guerra Mundial. El ejemplo más conocido es el de la India, la democracia más numerosa del mundo. También la más paradójica, porque en su cultura no existía el concepto de igualdad en el que se sustenta la democracia y, a pesar de ello y de otros graves problemas, como el asesinato de Indira y Rajiv Gandhi, se considera un éxito de estabilidad.

En síntesis, la democracia llegó tarde a la historia, demoró mucho en ponerse en práctica, se difundió con lentitud y además enfrentó dos grandes competencias, el fascismo y el comunismo, que estuvieron a punto de vencerla, en ese

orden. Lo cierto es que, a pesar de todo ello, llega triunfante al siglo XXI. Esto porque no solamente Europa es democrática y toda América, con alguna pequeña excepción o dos, sino también los países más importantes de Oceanía, algunos países asiáticos y hasta algunos africanos. Entonces, debemos preguntarnos: ¿la democracia está en peligro o ha triunfado? Y la respuesta es que la democracia tiene dos viejos problemas estructurales, y otros dos problemas nuevos.

El primer problema estructural es que la gente no cree en la representación sobre la que se sustenta la democracia. El segundo problema estructural es que la democracia está permanentemente en crisis de gobernabilidad, pues ha sido ineficaz contra la corrupción y otros problemas como las mafias y la crisis ecológica.

Los dos problemas nuevos de la democracia son originados también en situaciones estructurales, pero son producto de la posmodernidad. El primero es la expansión del capitalismo, porque luego de la caída del comunismo y de la globalización de este modelo económico, se ha creado un conflicto entre el Estado y el mercado, que pone en peligro a la democracia. El siguiente problema nuevo es que los medios de comunicación, que tenían cierta credibilidad e independencia, están siendo reemplazados por las redes sociales. La democracia no se preparó para esto. Como todos saben, en estas redes hay una anarquía total. Y es por ello que son utilizadas por poderes no democráticos, que hasta modifican resultados electorales (como está probado ya sucedió en las elecciones norteamericanas), y afectan la geopolítica mundial.

Ahora sí podemos abordar la pregunta importante: ¿por qué el Estado invasivo, los pocos creíbles medios y los desprestigiados partidos políticos, que eran los enemigos de la democracia, ahora la pueden salvar?

Empezando por el Estado, tenemos que decir que el principal enemigo de la democracia en la historia fue el Estado absolutista, puesto que aquella nació y creció quitándole espacio a este, a través de revoluciones o de pactos. Esto porque, como dice Norberto Bobbio (2017), la democracia es más una resta que una suma. Y es verdad, es el Estado absolutista menos el monopolio del pensamiento, por la declaración de la libertad de expresión y religión, y menos el monopolio de la economía, por la instauración de un libre mercado.

La democracia desde el principio se declara libre de influencias oficiales y siempre luchado en contra del control por parte del Estado. Así pues, el Estado en el que se incubó la democracia fue al mismo tiempo su gran enemigo inicial. Como sabemos, los primeros Estados liberales buscaban que el Estado se involucrara lo

menos posible y solo se ocupara del orden público, de la defensa, y como decía Adam Smith, de todas aquellas cosas que el ciudadano privado no quisiera hacer.

El otro gran enemigo de la democracia, que se suponía iba a ser su gran aliado, eran los medios de comunicación. A pesar de que los medios se legitimaron públicamente, el Estado siempre intentó cooptarlos, callarlos o quitarles fuerza. A los medios se les acusó de ser parcializados y de falta de neutralidad, tanto desde la izquierda como desde la derecha. Y es verdad que quisieron ser un poder independiente y representar a la sociedad civil, pero el Estado siempre los vio como intrusos, y la gente nunca se sintió representada del todo por sus opiniones. Más recientemente, llegó la lepra: las redes sociales.

Sin embargo, el peor enemigo de la democracia, en el fondo, fueron los partidos políticos. En estricto sentido, solo existen desde 1850, según Maurice Duverger (1994), Además, en la segunda mitad del siglo XIX fueron vistos como algo negativo para la democracia, ya que dividieron a la sociedad en vez de unirla. Incluso Mitchels y Ostrogorsky los vieron, a principios del siglo XX, como unas mafias oligárquicas incurables. Por supuesto, tuvieron su momento de oro entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y los años 70, en parte por la Guerra Fría. Pero, como afirma Klaus Von Byrne, al final de esta década empezó la crisis, y es un hecho que aún está vigente. Y la paradoja de esto es que, como todo académico sabe, sin los partidos sería imposible la democracia y, a pesar de ello, la gente que se declara pro-democrática en todo el mundo es al mismo tiempo mayoritariamente partidista.

En resumen, las democracias debieron crecer defendiéndose del Estado invasor del que surgieron, desconfiando del poder de los medios de comunicación, y con bastante escepticismo frente a los partidos políticos. Entonces: ¿cómo es posible que esos tres enemigos sean los únicos que ahora pueden salvar a la democracia?

Respecto del Estado interventor, la respuesta es que, en ese conflicto entre el Estado y el mercado, entre las democracias y el capitalismo globalizado, la única solución a la vista es fortalecer el Estado. Se necesita un Estado que sea regulador, que vuelva a meter la nariz y que se enfrente a los grupos económicos transnacionales y locales. En otras palabras, si el Estado no se hace invasivo de nuevo, las leyes del mercado podrían reemplazar a las autoridades, podrían dejar incluso a las democracias como un simple adorno, sin sus vocaciones primigenias de libertad e igualdad. En relación a los medios de comunicación, tal cual lo dijo Harding en el pasado Hay Festival de Cartagena, es momento de volver a comprar periódicos. Los medios de comunicación hoy en día son la única posibilidad de neutralizar las falsas verdades, ya que la censura no es deseable. Y esto porque, aun con todos sus

problemas, los medios tienen conquistas éticas, autorregulación y confiabilidad mínima en exposición de hechos.

La paradoja de los partidos políticos es que, en plena crisis de partidos en Estados Unidos, Europa y América Latina, está claro que solo fortaleciendo estas organizaciones se pueden combatir los problemas de crisis de legitimidad y eficacia. Existe un consenso mundial entre académicos, según el cual si bien las democracias pueden tener líderes antipartidos, y eso puede ser positivo como complemento, solo los partidos institucionalizados pueden hacer más legítimo y gobernable un sistema.

¿A qué nos referimos con “institucionalizados”? Estamos hablando de partidos con ideología clara y políticas públicas conocidas, democracia interna, y además pertenecientes a un sistema de partidos con patrones de competencia no caóticos —que cada cuatro años cambien esos actores colectivos y su nivel de fuerza no es positivo, como sostiene Payne (2006)—. Esto quiere decir que debe existir una pugna entre partidos serios, compitiendo además seriamente por el poder, para convertir en políticas públicas una ideología determinada.

En síntesis, no existen los héroes de Marvel y DC cómics dispuestos a rescatarnos de la crisis de confianza, de las falsas verdades y sobre todo del ahogo de la soberanía por el poder imparable de la economía transnacional. ¿Son ellos los que van a restaurar la gobernabilidad como en Civil War? De ninguna manera.

En primer lugar, hay que tomar mano, dicho en términos colombianos, “de lo que da la tierrita”, y eso es defender al Estado del mercado, fortaleciendo las democracias por encima de los hechos de la globalización. Eso vale para la izquierda, aun para la radical, que quería acabar con el Estado para acabar con el capitalismo y se arrepintió de ese método. También vale para la derecha, que terminará desapareciendo si las decisiones dejan de estar en manos de las democracias, aunque en un principio aboguen por el libre mercado.

En segundo lugar, hay que defender a los medios de comunicación. Es decir, hay que volver a ellos, con el espíritu crítico de siempre, pero con la astucia de no dejarse usar por quienes manipulan las redes sociales, ya que estas no tienen control ni filtros. Es cierto que es deber del Estado protegernos de las falsas verdades, pero también a nosotros nos genera la obligación, al ser ciudadanos, de salvaguardar a las democracias de las redes sociales manipuladas. La clave es crear una jerarquía de creencias en la que los medios tengan el respeto que merecen, los que de verdad lo merecen, y que son la mayoría a pesar de todo lo que se dice.

Por último, no solo se trata de dejar de atacar a los partidos, sino más bien de resucitarlos y reconocer que sin ellos la democracia no funciona. Esta es tarea de los ciudadanos, pero sobre todo de los propios partidos y también de los medios y del Estado. Esto porque, hasta que se invente otra cosa, las democracias dependerán de los partidos para generar legitimidad y ser eficaces. Además, aunque algunos políticos tengan éxito sin ellos temporalmente, son necesarios al fin y al cabo. Es como hacer ejercicio y comer bien, dígase lo que se diga, los expertos concuerdan que de ello depende la salud. Igual sucede con los partidos respecto a la democracia, los partidos y la gobernabilidad. Es un consenso entre los expertos.

Una pregunta adicional sería: ¿Colombia está en crisis de democracia también? La respuesta es que sí, como el resto de las democracias del mundo, tiene los cuatro problemas básicos. Tiene una crisis de legitimidad sobre la representación, una crisis de gobernabilidad por problemas de eficacia, una crisis nueva de estar siendo arrinconada por el mercado y tiene también la crisis nueva de las falsas verdades.

Se adiciona una pregunta frecuente: ¿está mejor o peor que los demás países? La respuesta: depende de con quién se compare; sin embargo, la crisis de legitimidad sí la están generando varios motivos. Primero, el sistema electoral no se ha ajustado y genera desconfianza y resultados dudosos. Segundo, el sistema de partidos, que se estaba institucionalizando con dificultad, ha tenido retrocesos recientes. Tercero, el proceso de paz se hizo antes de lograr la anuencia de la mayoría de la población y eso dividió al país. Cuarto, la corrupción alcanzó índices muy altos y contaminó hasta la cúpula de la justicia.

¿Y cuál es la solución en el caso colombiano? Igual que en otras democracias, la ciudadanía debe reaccionar y exigir cambios estructurales. Sobre todo las élites políticas e intelectuales deben liderar ese pacto común mínimo y hacerlo con seriedad desde el Estado mismo, las organizaciones no gubernamentales, la academia, los medios y las propias redes sociales.

En lo referente a la lucha entre el Estado y el mercado, en el caso colombiano hay que decir que, como el término del conflicto está tan reciente, aún no se puede hablar del mercado o del capitalismo sin parecer estar afirmando una consigna marxista. La solución es que se fortalezca el Estado y la autonomía, no para que haga populismo por cuenta de la clase media con excesivos subsidios al votante, ni tampoco para que arrincone a los sectores productivos, como se hizo en Venezuela.



Y, respecto de las redes sociales y las falsas verdades en Colombia, hay que reconocer que también estamos siendo víctimas de este nuevo problema de la democracia. Como dijeron los líderes de los medios de comunicación de Colombia en el *Hay Festival* de Cartagena este año, no está claro qué hacer frente las noticias falsas. Ellos les pidieron consejo a los invitados internacionales al respecto, y les contestaron tajantemente que ellos tampoco saben. Los expertos que denuncian este hecho dicen que no hay soluciones mágicas para proponer, sino solo observar el fenómeno tan reciente y buscar alternativas.

Yo personalmente creo, como Harding, que hay que volver a apoyar a los medios, por más críticos que fuimos con ellos, porque definitivamente sí tienen un mínimo de sensatez. Sobre todo, considero que se debe liderar, tanto en Colombia como en el resto del mundo, una actitud personal contra las falsas verdades. Esto se logra fomentando hábitos de no consultar fuentes sin respaldo, y hasta vetando opiniones basadas en ellas y actitudes similares.

El problema, hay que insistir en ello, es que respecto de esta solución aún no han surgido los líderes que la pongan en práctica, ni en Colombia ni en el mundo, pues más del noventa por ciento de quienes tienen acceso a esa tecnología no tiene la preparación para clasificar la información recibida, y no se sabe cómo evitar esa situación.

De hecho, en este punto es evidente que la lucha tiene que ser más internacional y bastante más coordinada. De todos modos, cada país tendrá sus estrategias propias, y nosotros en particular podemos inventar algunas soluciones criollas para hacer frente a ello seguramente. Sin embargo, está por verse quién ganará la batalla en este nuevo campo tan desconocido de las verdades fabricadas y falsas.

Pare concluir, digamos que se trata de un nuevo milenio de oro para el mundo libre, con la democracia generalizada, la paz garantizada en por lo menos 190 de 200 países, la pobreza reducida como nunca se soñó, la edad promedio aumentada en más de una década y muchos otros éxitos. Pero, al mismo tiempo, es un tiempo de inquietud porque no se han resuelto viejos problemas en las democracias y han llegado unos nuevos para los que no estábamos preparados. En ese contexto es en el que insisto que habrá que acudir a esos viejos enemigos de la democracia liberal y reconvertirlos en aliados, ahí sí al más puro estilo de Marvel.

## Referencias

- Bobbio, N. (2017). *Democracy and dictatorship*. [S.l.]: Polity Press.
- Duverger, M. (1994). *Los partidos políticos*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Mitchels, R. (1968). *Political parties*. New York: Free Press.
- Payne, M. (2006). Sistemas de partidos y gobernabilidad democrática. Payne, M., Zobatto, D. y Díaz, M. (Ed.) *La política Importa: Democracia y Desarrollo en América Latina* (pp. 165-197). Washington: BIDIIDAE.